

CRÓNICA

Un nuevo intento

Alonso R. Clavijo

Entre garrotazos, nos pidieron papeles y no pues, ¡qué íbamos a tener! Ni pasaporte, ni cédula y menos las visas que piden. A nosotros nos toca andar sin nada de documentos, sólo vamos guiados del coyote y acompañados de miedo. Un miedo tremendo porque en este cruce uno siempre va oculto y a la vez expuesto a cualquier cosa. Va oyendo unos cuentos feísimos de lo que puede pasar en el camino. Desde que se sale del Ecuador uno va con el corazón en la mano. Es la segunda vez que me lanzo al ruedo y otra vez me deportan. Mismo no me ha acompañado la suerte. Todavía me queda un chance más con el coyote para hacer un último intento. Ojalá ahora sí llegue porque está fregado quedarse allá en el Azuay. Las dos veces que me subí al barco, me he encomendado a la Virgen y a Diosito, para que me protejan ambos porque no hay de otra: o me ayudan o me jodo en el camino.

Contactar a un coyote ya no era una novedad para Ignacio. Varios familiares y vecinos habían emigrado hace más de diez años desde Cuenca hasta Estados Unidos. Todos lo habían hecho con coyotes. En su caso, ésta sería la segunda vez. Tras comunicar a su esposa su decisión, le instruyó sobre los pagos e inició el viaje. Con la memoria de su primera experiencia migratoria, tenía presente que aunque emprendía solo la travesía, en cualquiera de los tramos de la ruta encontraría posibles amigos que le ayudarían a enfrentar adversidades. Tenía claro cómo serían los primeros momentos: se trasladaría en autobús desde Cuenca hasta la costa ecuatoriana y desde allí en barco hasta Guatemala. Pero la dureza y peligrosidad del nuevo viaje fueron una sorpresa para Ignacio. Mucha más gente viajaba y ya no sólo eran hombres, como en la primera vez. Ahora, mujeres y niños se sumaban al recorrido. Ignacio calcula que entre 80 y 100 personas iban ocultas en las bodegas del barco pesquero. El hacinamiento derivaba en complicaciones mayores: bebida y comida muy limitadas, una inmundicia inescapable, hongos en la piel y, lo peor, acosos sexuales, que solían derivar en violaciones, a hombres, mujeres y niños.

Después de tres aciagas semanas en altamar, arribaron a costas guatemaltecas. Ignacio no sería capaz de identificar la playa ecuatoriana desde la que partieron y menos todavía la playa guatemalteca a la que llegaron. Según relata, los "coyotes guía" lo mantenían desinformado y los traslados de un lugar a otro se realizaban en la madrugada. Después del desembarco, los "coyotes guía" entregaron a todos los migrantes a unos "coyotes relevo", que les aguardaban. Los "coyotes relevo" los condujeron a dos camiones techados. Al que subieron a Ignacio se dirigió a una plantación que funcionaría como estancia clandestina. Simultáneamente, sus inescrutables conductores de viaje se contactaban con otros coyotes en Ecuador. Necesitaban confirmar, uno a uno, el nombre de los migrantes que habían llegado

En la Casa de Migrantes. Albergue El Belén. Tapachula, Chiapas



Foto: Soledad Álvarez Velasco

para que se realice un segundo pago. Sólo una vez depositado el dinero, podrían reanudar el camino.

El cruce de la frontera mexicana es incierto. Ignacio recordaba que permaneció tres días en la plantación. Serían entre las cinco y seis de la mañana cuando se escuchó un camión que llegaba. Junto a un nuevo grupo de migrantes, Ignacio fue ocultado en su interior. Ya partía nuevamente. Sabía que desde ese momento tendría que permanecer no sólo en silencio sino prácticamente inmóvil hasta que cruzaran la frontera.

Ya en territorio mexicano, continuaron el trayecto hacia el norte en autobús. Hasta ese momento, dos fronteras nacionales, la de Guatemala y la de México, habían sido sorteadas. Ignacio confiaba en que llegaría. Pero siete horas después un operativo policial los detuvo. Ignacio supo al instante que no había nada que hacer. Lo deportarían por segunda vez. Permaneció tres días en la Estación Migratoria Tapachula antes de ser trasladado a la Estación Migratoria Iztapalapa en la Ciudad de México. Allí la obtención de documentación oficial no pudo ser más sencilla. En menos de seis horas estaría en Ecuador, habiendo recorrido la misma ruta que le tomó casi un mes de tránsito clandestino, pero en avión y con un pasaporte válido.

Ahora ya me toca volver. Hace siete años esto era diferente, no era tan controlado. Está bien dura la cosa. Igual yo sí creo que, con todo, sí voy a intentar otra vez.